

EL GAUCHO

por Francisco Bauzá

LA CIVILIZACIÓN, extendiendo sus beneficios por los campos, ha transformado la fisonomía histórica de nuestras poblaciones. Se han edificado pueblos y ciudades y han nacido jararquías sociales que tienden a fundir todos los elementos antiguos en un tipo nuevo. Cuatro clases superiores en ilustración y en recursos propios pesan hoy sobre el gaucho. El estanciero, que sabe leer y escribir, que generalmente ha hecho la guerra en calidad de jefe de división y que ejerce una gran influencia moral sobre los que le rodean. El labrador, casado con la tierra de la cual se sustenta. El mozo del pueblo, que lee diarios, se ocupa de política, viene una que otra vez a la capital y se ilustra continuamente. Y, por último el *paisano*, tipo que se generaliza desde hace veinte años, hombre que no sabe leer, pero que tiene familia y hogar fijo, y que es capataz de estancia o puestero. El gaucho queda comprendido, pues, en la quinta jerarquía de la sociedad de los campos, y todo indica que en breve desaparecerá de la escena para convertirse a la nueva civilización. Pero el perfil de su fisonomía moral es tan acentuado, que la historia le asignará un lugar distinguido en sus páginas, porque no podrá escribirse la nuestra sin mentarle a él en primer

término. Antes de que el hecho de su transformación se efectúe, quisiera pintar al gaucho tal como me lo presentan mis recuerdos de pocos años atrás.

Los habitantes de Montevideo se han formado, en general, una idea muy errada de los gauchos. Algunos creen que esos peones chacareros, vestidos de andrajos y mal montados, que pasean por nuestras calles de tiempo en tiempo, son gauchos. Otros, más instruidos y que han viajado por los ferrocarriles o los vapores, visitando los pueblos del interior, creen que son gauchos esos *camituchos* de trastienda que charlan a más no poder con todo el que ven, y cuentan sus historias personales, corregidas y aumentadas, a quien tiene el mal gusto de oírse las. Nada es menos cierto que esto, sin embargo, y el gaucho se burla como ninguno de las pretensiones de esa pobre gente. Entre cien individuos agrupados en el campo, se conocerá inmediatamente a un verdadero gaucho por más pobre que él sea: su caballo ensillado con esmero, tusado y acepillado; su persona limpia; sus prendas de vestir colocadas con gracia sobre el cuerpo; sus cabellos y barbas largos, pero peinados y cuidados, y en fin, aquel aire atractivo y simpático a la vez, que parece decir a todos: "yo soy el dueño de la tierra; ustedes no son más que gringos". Es lo que le da a conocer.

Otro de los errores en que muchos viven es el suponer que el gaucho es una especie de bufón que divierte a las gentes a su costa y estrecha amistades con el primero que se le acerca. También es inexacto esto, porque el gaucho sólo es amigo de sus amigos, es decir, de sus iguales, y a los demás, o los respeta o los desprecia: lo respeta si son inteligentes o bravos; los desprecia si son simples, cobardes o hablantines. Por lo general, el gaucho es reservado y comedido con las gentes que no conoce: el temor de decir algún disparate que le deje en ridículo, le contiene siempre de hablar

ante extraños. Como él mismo lo dice, *no da a conocer su juego a dos tirones*, lo que equivale a expresar que sólo acostumbra abrir juicios sobre lo que sabe y ante personas que trata de continuo. Su conversación, por lo común, versa sobre aventuras de guerra, lances amorosos y carreras de caballos. La guitarra y el canto le divierten sobremanera, y es capaz de escuchar sin fastidio durante toda una noche a un guitarrista. Tiene como los charrúas la voz floja, y afecta como ellos un aire circunspecto cuando desea entender con propiedad lo que le dicen y le interesa. No le gusta apresurarse cuando está en marcha, y se da el lujo de soportar el rayo del sol al tranco de su caballo.

Para alabar como para vituperar las personas y las cosas, tiene recursos de lenguaje, giros poéticos, expresiones originales, que hieren los sentidos penetrando de un modo especial en la inteligencia. Sin cuidarse de completar sus frases, las enuncia por medio de comparaciones y de referencia que, a pesar de su sencillez vulgar, tienen comúnmente un alcance profundo. Así, para expresar que un hombre es valiente, dice de él: *es como las armas*; que un hombre es vivo, *es como luz*; para hablar de una mujer linda, *es como las estrellas*; para indicar un caballo rápido, *es como águila*. para elogiar a un individuo firme que no cede a los embates de la mala fortuna, *es como cuadro*. Cuando habla de su caballo le llama *mancarrón*; a su mujer, *la china*; a sus amigos, *aparceros*; a los muchachos del campo, *charabones* (avestruces). Si le entusiasma alguna aventura heroica que le cuentan, demuestra su admiración por el héroe con esta exclamación: *¡Ah criollo!* Si él narra algún lance en que un jinete bien montado evitó un sa-lblazo o una lanzada, ladeando el caballo, dice que *soslayó el pingo*. No dice, tome usted, sino *velay*; al mate le llama *el verde*, a la botella *limeta*, a los tragos de caña

o de ginebra *gorgoritos*, a un buen caballo de paseo *flete*, al telégrafo eléctrico *el chismoso*, al ferrocarril, en señal de admiración, *el bárbaro*. Pero adonde agota todo el repertorio de sus dichos es en la enumeración de las calidades de un caballo que estima, y así dice: es aseadito para andar, es liberal, es el peón de la casa, es mi crédito, es un trompo en la rienda, es manso de abajo, es seguidor en el camino, es liberal por donde lo busquen, es caballito mantenido, orejea como guanaco en cuanto divisa, es de buena vuelta, para el lazo es como cimbra, es escarceador y aseado, adonde quiera endereza, etc.

En la conversación familiar, y cuando desea mostrarse cariñoso, sea con los que están presentes o con algún amigo cuyo recuerdo le asalta, emplea términos de su invención o diminutivos que dan una flexibilidad singular a las palabras. Así, a un hombre entendido en el balle o la guitarra, o muy sobresaliente en el juego, el canto o las carreras de caballos, le llama *taura*. A un amigo de valor personal reputado, si es viejo, le llama *viejito quiebra*, y si es joven, *indio crudo*. A un parrandero que poco para en su casa, le denomina *hombre gaucho*. Si juega de manos con algún aparcerero y llega a tocarle el cuerpo, en el acto exclama: *óigale el duro, y se duebla!* Si le choca el modo de proceder de alguno, o las palabras que dice, o las armas que trae: *¡miren con qué carta se viene a baraja!* Si pide algo a mujeres: *¡hágame el favor de darme eso, por su vida!* Si pregunta su nombre a alguno, y éste responde: soy fulano para servir a usted, él le replica *para servir a Dios*. Si entra a una pulpería y le convida un extraño: *gracias, amigo, a pagar lo que guste*. Cuando da las señas de un paraje cercano, no dice más allá, sino *más allasito*; cuando se despide de los que estima, no dice adiós, sino *adiosito*;

cuando quiere afirmar que no conoce absolutamente nada de un asunto, dice *no sé cosísima ninguna!*

Sobresale también en buscar el lado ridículo de las cosas, y sus sátiras son a veces divertidas, pero en las más de las ocasiones sangrientas. Del hombre que sale poco de su casa, dice: *es como peludo en la cueva*; al individuo de ciudad le llama *maturrango*; al extranjero, *gringo*, y en algunos casos *nación*. Tiene refranes particulares de su cosecha para caracterizar todas las circunstancias en que se ven aquellos a quienes profesa ojeriza. Cuando alguno o algunos individuos que no son del campo se presentan a participar del asado que arde en el fogón, el gaucho, que sabe bien que van a estropear la carne, dice: *¡ya cayeron los chimangos!* Si alguno habla o hace alguna cosa mal: *no sobe la guasca contra el pelo*. A los caballos de sobre-vaso les llama *caballos de médico*, y si encuentra algún individuo montado en un caballo de esa laya, le saluda con mucha formalidad diciéndole *adiós, doctor*. A su enemigo le llama *sotreta*; al caballo de su enemigo, *matungo*; a las armas de su enemigo, *armas solas*. Para significar que una división o un escuadrón huyó del campo de batalla sin pelear, dice: *esa gente se fué de arriba*. Para ridiculizar al jefe de la gente huidora: *disparó en la punta*; y si el jefe es un enemigo: *castigó el caballo hasta con el sombrero*. A los agrimensores les llama *pilotos*; a los demás hombres de ciencia, *físicos*. Cuando alguien roba alguna cosa, dice: *de arriba no lleva golpe*. Si duerme en un campo de batalla después de una victoria, al recoger sus prendas de montar para hacer la cama, dirigirá a sus compañeros esta frase significativa: *muertos no hablan, pero roban cojinillos*.

SE HA DICHO que el gaucho es supersticioso, preocupado y fanático. Hay algo de verdad en esto, pero no tanto que pueda escribirse sin explicación. Cree en los aparecidos o muertos resucitados, a quienes denomina *pantasma* en vez de fantasmas, y si cree en ellos es porque no hay ningún foragido del campo que haya dejado de contar con mucha seriedad aventuras de muertos resucitados que le han perseguido en los montes, o se le han cruzado por los caminos, o le han despertado a la siesta sacudiéndole el cuerpo. Su ideas religiosas, sin embargo, son tiernas. Del culto católico, bajo el cual ha nacido, lo que mejor comprende es la adoración de la Virgen a quien llama *la Inmaculada* y también *Nuestra Señora*; como nunca se ha humillado ante nadie, cree que cada vez que se arrodilla delante de la Virgen le son perdonadas sus culpas. Cuando va al templo, lo que no es muy frecuente porque ni hay muchas iglesias en el campo ni él llega con facilidad a los pueblos, la pompa del culto católico le embelesa y suelen rodar lágrimas por sus mejillas al escuchar esa música solemne y melancólica con que nuestra religión hace penetrar sus misterios hasta el fondo del alma de las gentes sencillas. Allí permanece abismado hasta que la ceremonia concluye; después se retira, pasea por el pueblo, y durante quince días no habla de otra cosa entre sus amigos que del cura viejo que ofició en la iglesia, del incienso y de la música.

No ha faltado quien niegue al gaucho patriotismo, y hasta se le ha hecho aparecer como el sostenedor de todas las tiranías. Esta opinión es una de las tantas que se omiten sin fundamento y se generalizan por la misma razón de que nadie las somete a un análisis. Gauchos eran aquellos Dragones que, bajo el mando de uno de los Artigas, batieron a Bustamante en San José; gauchos aquellos Blandengues que echaron pie a tierra

contra los veteranos de Posadas en Las Piedras; gauchos aquellos muchachos que doblaron las huestes imperiales en Sarandí, y aquellos escuadrones que desnudos y con el sable en la boca se arrojaron al agua para asaltar los parques brasileños de la isla del Vizcayno; gauchos aquellas nubes de jinetes que rompieron y destrozaron el ejército de Echagüe en Cagancha; gauchos los seiscientos orientales que se dejaron degollar en India Muerta por Urquiza sin articular una palabra de sumisión; gauchos los que defendieron, con Blanco y Fausto, la ciudad del Salto contra un ejército, y después de haber hecho prodigios se retiraron a pie por entre los montes. A semejantes hombres, que se han batido sin pedir recompensa concurriendo voluntariamente a las filas, no puede negárseles patriotismo. Tampoco puede negarse a quien de esta suerte procede, el instinto y la pasión de la libertad.

De todo lo dicho puede concluirse que el gaucho es el tipo primitivo de la civilización uruguaya, con todas las virtudes y con todos los defectos que ella presentaba en los primeros días de su borrascosa infancia. Tal como hoy vive y se desarrolla el hombre libre de nuestros campos, tal vivió y se desarrolló nuestra raza en la época laboriosa que presidió a los primeros rudimentos conscientes de su personalidad y a los primeros ensayos de su vida propia. La triple fusión de la sangre charrúa, española y portuguesa, presentó por resultado el tipo original que acaba de bosquejarse: inteligente, impetuoso, caballeresco, a la vez que supersticioso, peleador y lleno de sí mismo.

Si ha sido fácil transformar un elemento tan desquiciador en la apariencia, lo dirá la historia de nuestros progresos. En ciento y diez años de peregrinaciones armadas, la mayor parte de esos beduinos gloriosos han ido dejándose seducir paulatinamente por los encantos

de una civilización de la cual ellos mismos han sido instrumento, han construido un hogar y lo han defendido, han formado una familia y la han educado; de suerte que los estancieros, los mozos del pueblo, los paisanos y aun muchos individuos de las capitales, son descendientes de aquellos gauchos que en el siglo pasado nacían recién a la vida, y en los principios de este siglo ya se estrenaban conquistando contra España y Portugal la independencia de la patria. La guerra civil no ha podido concluir con el gaucho, y lo ha transformado: el progreso de los tiempos acabará el resto de la obra, educando y encaminando a nuevos ideales a los hijos de los que aun quedan: entonces el gaucho habrá desaparecido. Entre tanto, la literatura nacional debía a este tipo extraordinario un homenaje tan verídico como sencillo, y esto es lo que he tratado de cumplir al bosquejarle.

